

Número 28

Año I

El Album

DE MADRID
Semanario ilustrado



REDAGCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: VILLANUEVA, 17, MADRID

20-OCTUBRE-1899

MARINA GURINA

15 céntimos

	FABIÁN MERINO ENCUADERNADOR Farmacia, 7.—Madrid. Especialidad en inscripciones para coronas fúnebres.	CENTRO DE SUSCRIPCIONES Y ENGUADERNACIONES DE Juan Antonio Martínez Z. PORVENIR. Z.
DISPONIBLE	DISPONIBLE	LA UNION.—(MURCIA) Este Centro se encarga de la explotación de toda clase de obras, periódicos y revistas para la venta y suscripciones en esta plaza y sus pueblos limítrofes, y dispone de personal capaz para el mayor éxito en esta clase de negocios. Corresponsal en La Unión de EL ALBUM DE MADRID
"EL FUNERAL." AGENCIA DE POMPAS FÚNEBRES Fuencarral, 106. Teléfono 2.304. Servicios fúnebres completos desde lo más modesto á lo más lujoso. Coronas, lápidas, traslados y embalsamamientos. DESPACHO PERMANENTE		DISPONIBLE

EL ALBUM DE MADRID

20 DE OCTUBRE DE 1899

GARÁSTOLIS

I

No se tiene recuerdo en Beneloya de que haya existido ser más tranquilo, más dulce ni de mejor pasta que el Capitán *Cardástolis*, que así sobrenombraban los indígenas á D. Juan Pichón (de perdurable memoria), por ser aquella su expresión favorita y voquible de mayor cuantía.

Dueño de regular fortuna, ganada ochavo por ochavo en todas ó casi todas las latitudes, mandando (ó por mejor decir, siendo mandado) en muchos buques de vela y pocos menos vapores, cuando vió que su caballo encanecía y que no podía abotonar sobre su prominente abdomen la levita de uniforme, al dar fondo á su barco en el puerto más próximo á Beneloya, dió, como él decía, *fondo con todas*, y se declaró honrado *pontón* de desecho con buena *estica* y á *flote*. La *estica* consistía en unos 40.000 duros en papel exterior que le producían una renta muy saneada.

Era un gusto el verle con su sonrisa semiseráfica estereotipada en los abultados y rojos labios, con las manos en los bolsillos del pantalón (costumbre de á bordo), balanceándose pausadamente sobre las abiertas piernas (otra costumbre del barco) y luciendo sobre el rameado chaleco una gruesísima cadena de oro portugués, regalo de un cacique de Menomotapa ó Mozambique, que de esto no estamos seguros.

II

Así iba nuestro Capitán todo desorientado; visitaba por la mañana la playa; anunciaba el maestra, el leveche ó el tramontana como si los tuviera en la mano, ó bien, vislumbrando á lo lejos una vela, se ponía una mano sobre los ojos, á guisa de visera y exclamaba con seguridad:

—Un cuadro que va de la *ruella de fuera*, ó

—Un bergantín que va á Poniente.

Pero... el diablo que anda suelto, quiso un día que nuestro héroe se cansase de estar solo en su solo cabo, pesa á sus cincuenta talluditos, y pronto por los ámbitos del pueblo se supo con sorpresa que el Capitán *Cardástolis* buscaba... novia.

Y la sorpresa llegó á su colmo cuando se aseguró que don Juan había pedido y obtenido la mano de la chica más guapa de Beneloya, entre muchas que se le ofrecieron para la coyunda á tuya sobre la mia.

Y no era mentira. Se corrieron las amonestaciones, y el viejo marino se enlazó para siempre con la hermosa Dorotea, pobre sí, pero tan bella como se decía, y además de una de las mejores familias de aquel pueblo, si no la mejor.

Parecerá mentira; pero hemos de decirlo: D. Juan ganó en bondad.

III

A los cinco ó seis meses ya se comentaba por todos y en todas partes que *Cardástolis* se sonreía menos y que aquella variación dependía de la venida de un su hermano, mucho más joven, si no tan rico, que fué á vivir con él cuando menos lo esperaba.

En efecto, D. Juan se había vuelto meditabundo; confundía lastimosamente los *cuadros* con las *latinas*, y á un muchacho que le tiró el trompo entre las piernas, caso inusita-



do, con los nudillos de la diestra mano, diestra y potentísima, le atizó un coscorrón mayúsculo, con la añadidura de cuatro ó más pares de *carástolis*. Salía de su casa, y luego, pasado un corto lapso de tiempo, marchaba á ella con la precipitación del que ha olvidado algo.

Digámoslo de una vez: el marido estaba celoso, celoso de su propio hermano. ¿Daba este motivo para tales celos?

Sí, hay que decir la verdad, si los daba; quizá sin idea pecaminosa de ningún género; pero como la cuñada era un poquillo coquetona y el guapo mozo y un tantico enamorado, había sus más y sus menos, sonrisas, jugueteos, tontunas, en fin, que tenían colocado al infeliz *Carástolis* en pleno infierno:

Acechaba, celaba, tenía un Vesubio en el cerebro y toda la linfa se le había transformado en ardientísima sangre que le congestionaba el abultado rostro con cálidas oleadas.

A intervalos, su mano derecha se enroscaba instintivamente sobre la culata del Smith que llevaba en el bolsillo del pantalón; una nube sangrienta cruzaba por sus ojos, y... pasada la tensión nerviosa, su nariz aspiraba un torrente de aire y una lagrimita vergonzante aparecía en el borde de los párpados y caía en la curtiada faz para perderse en las sinuosidades de alguna arruga.

El deslance se acercaba á paso de carga. La vida se convirtió para D. Juan en un un martirio y quiso poner fin á él... un fin trágico, tan trágico como su desventura. Una mañana que su mujer, como de costumbre, retozaba con toda la viveza de una chiquilla, persiguiendo y siendo perseguida por su cuñado, entraron en el saloncito jadeantes por el cansancio; Jacobito, el hermano de *Carástolis*, acorraló á su *hermanita*, como él la llamaba; y asiendo por las muñecas, la hizo sentar en un sofá, gritando al mismo tiempo:

— ¡Te cogí!

Pugñó ella, entre grandes carcajadas, á saltarse; pero no lo conseguía.

— ¡Suéltame, Jacobo, suéltame!

Pero Jacobo no oía. Lívido, con los labios descoloridos, atraía hacia sí á Dorotea, sin que ella pudiera remediarlo.

Dorotea, privada de las escasas fuerzas que tenía por la lucha, murmuraba:

— ¡Por Dios! Para broma, ya es bastante... ¡Me lastimas!

Pero un beso ardoroso que le quemó los labios le impidió proseguir.

— ¡Oh! ¡Qué deseos tenía, qué deseos!—balbuceó Jacobo.

— ¡Y yo!—gritó una voz rugiente.

Volviéronse, y *Carástolis*, demudado, terrible, les apuntaba con el revólver.

Reinó un silencio solemne.

Jacobito cubrió á Dorotea, sin hablar una palabra. Comprendió que era inútil.

Carástolis extendió el brazo; pero como obedeciendo á una fuerza interior, hizo una mueca indescriptible, volvió el arma sobre su cabeza, y disparó.

Dió un paso hacia adelante, extendió los brazos y roló por el suelo.

— ¡Hermano mío!

— ¡Juan!—gritaron los otros dos, arrojándose sobre el suicida.

Pero éste, tranquilo, con su sonrisa, aquella sonrisa seráfica que había vuelto á sus labios, parpadeó como si quisiera impedir alguna emoción que le sobrevenía, meneó levemente los dedos, y con una voz muy tenue y muy dulce, dijo.

— ¡*Carástolis*!

Y no añadió más; reclinó la cabeza sobre el hombro y quedó inmóvil.

BACHILLER SANSON CARRASCO.



MATILDE RODRIGUEZ



Lujo y pobreza

Empieza á disgustarme
por muchas causas
no la crisis política,
la monetaria.
¿Dónde se mete oro?
gritan las masas
y las musas contestan
¿dónde se saca?
Y algunos al progreso
vuelta la espalda
culpan al libre cambio
de estas borrascas.
Yo ni pongo ni quito.
mas se me alcanza
que otros tiempos corrían
por nuestra patria.
Cuando las peluconas
envidia daban
á francos y chelines
liras y piastras
cierto que eran entonces
fruta vedada

las cien mil baratijas
que ahora nos mandan
la industriosa Inglaterra,
la culta Francia,
el pintoresco Egipto,
la bella Italia
y todos cuantos pueblos
piensan ó cantan
confeccionan, fabrican,
venden y engañan.
No había *lucetotes*
en nuestras casas,
ni platos japoneses
ni joyas falsas;
pero había monedas
en abundancia
y cada una valía
lo que pesaba.
Hoy por raro conjunto
de circunstancias
que adivinar no puedo
ni me hace falta
hemos cambiado el oro
por la quincalla.

MANUEL DEL PALACIO.

A UNA

Eres tan linda como una rosa
tu mano es blanca cual es la nieve,
tus negros ojos son dos luceros,
y finas perlas tus lindos dientes.

Eres gallarda, pura y hermosa,
todos te adoran con solo verte,
y tus hechizos amor inspiran,
y tus miradas al pecho hieren.

De tus amores por ser el dueño,
muchos darían lo que no tienen;
eres el angel que hay en la tierra,
y la más bella de las mujeres.

Tu tallo es niña lindo y esbelto,
serena y pura tienes la frente,
lozanías rosas son tus mejillas,
pero parece que alma no tienes!

ARTURO G. GARRAFFA



ARTISTA DE ÓPERA



MADemoiselle LEISTEIN



LOS CASEROS

No todos son tiranos.

Los hay carlistos y transigentes hasta un punto inconcebible.

Conozco uno que se presenta á cobrar después del día 12, y dice tímidamente á la criada:

—Diga usted á los señores que les traigo el recibo.

—Pase usted.

—No, no; me quedo aquí esperando, porque puedo ensuciar la alfombra y no me gusta ser gravoso.

—Haga usted lo que quiera.

Por regla general el humilde propietario se sienta en el primer escalón, y allí aguarda pacientemente que le lleven el dinero.

Si la criada es una de esas jóvenes pizpiretas que se des hacen en cumplidos y ofrecen la casa como si fuera propia, el casero no tiene más remedio que entrar hasta el recibimiento; pero no hay quien le haga pasar de allí, ni aún el inquilino cuando sale diciendo:

—Entre usted D. Heliodoro, que estoy acabando de describir un geroglífico.

—No se de usted prisa por mí; yo estoy bien en cualquier parte.

Y se coloca en el rincón del pasillo para no molestar á nadie.

Lo que él siente es que no le diga la criada:

—D. Heliodoro, ¿sabe usted fregar la casa? ¿Quiere usted venir á ayudarme ahora que no tiene usted nada que hacer?

Porque todo su afán consiste en que le llamen «simpático» los inquilinos y que no le tomen por un casero déspota y vulgar.

La última vez que fué á cobrar á casa de la viuda de Ven-

tosilla supo que ésta se hallaba en el lecho del dolor, á consecuencia de un cólico, y preguntó á la chica con el mayor interés:

—¿Es cólico *miserere*?

—No, señor, es de escarola—respondió la chica.

—Menos mal; dígame usted que no se moleste por mí, y que yo volveré cuando esté desocupada del todo.

—¡Ay!—exclamó la chica—llevo tres días sin desnudarme.

Pues nada, aquí estoy yo para ayudar á todo lo que haga falta.

—¿Sí? pues entonces tráigame usted medio kilo de jabón y un sopillo para la cocina, que sea bueno.

Hay caseros y caseros; el tipo «clásico» lo conocen ustedes perfectamente. Yo tuve uno, verdadera encarnación de la intransigencia y la descortesía, que entraba en mi domicilio metiendo bulla y regañando á los niños en esta forma:

—¿Por qué no usáis zapatillas para andar por casa? ¿O es que vuestro padre tiene gusto en que me rompáis los ladrillos? No he visto falta de consideración semejante.

Un día quiso pegarle á la portera porque le había roto el tubo del quinqué del portal, y otro día le mordió á un inquilino por haberle dado una moneda de dos pesetas bastante falsa.

Por regla general el casero es hombre rico; pero hay excepciones honrosas. Yo se de uno que tiene una humilde casa en la calle del Bonetillo y no le produce lo necesario para vivir; de manera que el hombre llega á mediados de mes sin una peseta.

Entonces se dedican á esperar á los inquilinos en la calle, y allí les dice con tono quejumbroso:

—Caballero la necesidad me obliga ..

—¿A qué?

—A pedir á usted prestadas cuatro pesetas. Mire usted cómo llevo estos tacones.

Al paso que va, el mejor día pide á sus inquilinos que le

galen un gabán viejo ó que le guarden las sobras del cocido, y será cosa de oír á las señoras:

—Portero, diga usted al casero que suba.
—No sé si podrá, porque no tiene ropa.
—Pues que suba tal y como esté. Es para que se pruebe unos pantalones de mi esposo, á ver si le sirven.
—Dios se lo pague á usted, porque el pobrecito está muy mal. Hace dos días que no come más que lechuga picada, como si fuera un jilguero.

En cambio conozco un casero que tiene varias fincas urbanas y cuando hay que renovar los baldosines en cualquier de ellas, va él en persona á colocarlos.

Algunas veces le acompaña su esposa con una espuerta.

No hace mucho tiempo que se vió obligado á llamar á un albañil para que le ayudase á limpiar la cañería de las aguas fecales.

—¡Jesús qué despilfarro!—dijo la casera consorte.
—No hay más remedio—contestó él. Yo sólo no puedo hacer la obra; pero en cambio podremos ahorrar la comida.

—¿Cómo?
—Al albañil le traerán el cocido á las doce, según costumbre.

—¡Claro!
—Pues bien; ese día no necesitas encender la lumbre, porque comeremos con el albañil.

LUIS TABOADA.

PERFILES

EL FUSIL DE REPETICIÓN

Todas las juntas técnicas y todos los ministros de la Guerra se ocupan ahora en examinar y probar todos los fusiles de repetición que se han inventado. En Francia, Italia, Inglaterra, Rusia y Alemania se hacen semejantes estudios. Trátase de averiguar qué fusil es más ligero, más barato y más mortífero.

Todos los días se tropieza en los periódicos con una noticia parecida. En cambio, no se ve nunca que los grandes capitanes ó los que suplen la ausencia de ellos, se ocupen de algo que se refiera á la personalidad del combatiente, al valor del soldado, á la dignidad humana del que ha de llevar el fusil elegido.

Es una demostración más de que la guerra ha cambiado por tal modo, que ya el hombre sólo sirve en ella para recibir

el balazo. Brío de raza, impulso personal, lo que antes se llamaba heroísmo, todo eso va ocupando lugar secundario.

La máquina ha sustituido al héroe.

Así es que una batalla depende de que coincidan todos los rodajes de la máquina de destrucción. La locomotora hace llegar al campo de la lucha todos los elementos de ella. La electricidad ayuda á la obra. Las substancias explosivas son el vapor que mueve esa máquina. Así, pues, el lugar que antes ocupaba Rolando, ocupalo Lardisier.

El carácter caballeresco de la guerra antigua se ha desvanecido, y quedan los choques de la ambición y el odio reducidos á su más prosaica forma.

Las naciones que desean y temen la guerra esperan á poseer el arma más perfecta, y como todos los días se descubre una nueva, en cada modificación se buscan pretextos para no alterar la paz.

Llegada la guerra, no vencerá el más bravo, ni el más digno, ni el más tenaz. Vencerá el más rico, el que haya podido comprar mejor fusil.

O. M.

NUESTROS ACTORES



EMILIO THUILLIER

TIPOS ESPAÑOLES



UNA CHARRA.

CUENTOS BATURROS.



—¿Qué has tuvido?
 —Dicen que gota; se conoce que no me hizo prebo un jarro
 de vino que me bebi.
 —Entonces no ha sido gota, sino dos cuartillos.



—Oye, Saturio, ¿has encontrado en el monte el reloj del se-
 ñorito?
 —¿Qué es eso de reloj? ¿Era un bicho con un ojo muy grande
 —Sí, hombre: la esfera.
 ¿Con un rabo muy largo?
 —La cadena, ¡naturalmente!
 —¿Hacia acá, allá?
 —Ya lo creo! Le había dado cuerda hacia poco.
 —Pues que no tenga miedo. Ahí arriba ¡hi escachau los
 sesos con la culata de la escopeta.



La rendición

COSAS DE HACE DOS SIGLOS

—Agradecerte un favor
deseaba ansioso el pecho;
lo que en tu carta el amor
prometerme por tu honor
hoy te ha hecho.

De pensar te di promesa,
lo que consiento orgullosa
agradecida y gustosa,
pues era pensarlo apriesa
fuerte cosa.

Acepto tu corazón
con la sola condición
de que el mío has de robar,
pues me hacen sin vocación
profesar.

Mas como es gran desatiento
el estrellarse ó perderse
por no querer detenerse
á meditar un momento,
convencerse,

anhela, lindo Lisardo,
quien con el alma te adora,
si en robaría serás tardo...

—Dime tú donde te aguardo
y á que hora.

En mí no hullarás tibieza;

se trata, Aldonza, de un bien
que perder no quiere, quien
pudiera hallar por torpeza
un desdén.

Si es verdad que un hombre, al fin
de su existencia, decía,
que sólo se salvaría
si oyese el son de un chapín
de una usla,
dime, niña celestial;

por tener un corazón
como el tuyo, angelical,
gha de faltarle á un mortal
decisión!

¿Cómo yo no he de querer
á una hermosa complacer,
cuando Adán, un paraíso
perdió por una mujer
que le quiso?

Mucho te adora, Lisardo...

—Pues si es verdad que me adora...

—No seré en robarte, tardo;
donde me digas, te aguardo
sin demora.

—A las diez en esa esquina.

—Pronto Aldonza, van á dar.

—¿Aceptas?

—No he de aceptar!

Eso, mi bien, se adivina,
sin tardar...

Pierdo el seso, y con razón;
pues razón es estar loco,
porque si bien aún no toco
tan felice posesión,

falta poco.
¿Que es quimera tu amor creol
—Jamás en mí ha sido usanza
semejante devaneo.

No te ciegue la esperanza
de un deseo...

Tu fama será notoria,
si logras para mí bien,
el conseguir hoy la gloria
de alcanzar una victoria...

—Y un eden.


ANTONIO SOLER.

CHILINDRINAS

El *centero* Antón Melones
establecido en Mairena,
al quejarse del negocio
nos dice: *no tengo centá*.

La vi, la seguí, la hablé,
y al juraría amor eterno,
ella me dijo que *no*...
y yo me quedé tan fresco.

M. MARTÍN RODRIGUEZ.



Los hombres serios

Para Félix Gijón.

Son una calamidad nacional como cualquier senador por derecho propio.

Y eso que ellos se creen hombres de orden; mayores en edad, saber y gobierno y finísimos sostenes de la sociedad, de la familia y de las «cívicas virtudes de nuestros antepasados», según sus frases.

No todos podemos ser hombres serios. Para ello se necesita muchas condiciones y circunstancias que no están al alcance del vulgo. En primer lugar, hay que ser ricos ó cuando menos tener una posición desahogada; aunque á veces lo que tienen es mucho desahogo. Segundo: estar de buen año; disfrutar un abdomen bien desarrollado y á ser posible padecer de diabetes ó dispepsia, enfermedades que visten mucho.

Tercero: ser prácticos, desdénar la literatura y artes liberales y no preocuparse más que de la cuestión social, del movimiento de Bolsa ó de la recaudación de Aduanas. Cuarto: tener una voz agria y campanuda, sentando siempre afirmaciones concretas y rotundas con tono electoral y académico. Y por último, ser defensor acérrimo del clásico cocido y los garbanzos, otras dos calamidades de la tierra, y lector asiduo de *La Correspondencia*.

Hay muchos hombres serios que, gracias á tan bendita cualidad, han conquistado posición, fortuna y hasta á su señora.

—Niña—dice una mamá de la clase de precavidas á su retoño—D. Senen es un partido que te conviene... Ninguno como él... Tan bien relacionado, tan respetable, tan formal, tan serio... ¡Eso es lo que nos hace falta y no un danzante como ese pintamonas que tienes de novio!

Y la niña tiene que dejar á este, por el atroz delito de ser un artista, llevar muchas ideas en el cerebro y mucha alegría en el corazón.

—Ponciano—dice cierta *ministra* á su muy caro esposo—Ha estado á visitarnos D. Senen López. Es necesario que hagas algo por él. Ya ves, es tan formal, tan respetable, tan serio.

Hasta el mozo del café, advierte la categoría de mi hombre y cuando le preguntan por él contesta, abriendo mucho la boca y con los ojos en blanco:

—¿Quién, D. Senen? ¡Oh, es un señor muy decente y muy respetable! Y luego ¡tan serio! ¡Como que nunca me ha dejado á deber nada!

Porque la seriedad para los camareros consiste en no *sablearles* ni un misero café.

Todo el mundo se deshace en elogios y alabanzas de la formalidad y seriedad de D. Senen y este, merced á ello, sube, sube y sube; y los demás, los infelices que tenemos la desgracia de reírnos cuando nos deja en paz la suegra ó el casero ó hacer un chiste cuando en todo un día ni nos han robado el reloj, ni nos ha caído encima un cable eléctrico, ni nos ha cogido un acreedor, no llegamos á nada, nos miran de mala manera y nos llaman despreocupados ó sinvergüenzas, cuando menos.

El hombre serio ve que le escuchan—aunque sólo sea por cortesía—que sus diálogos no se refutan—por lástima las más de las veces—que su opinión, no suya porque la toma de los periódicos serios como él—tales *El Correo* ó *El Tiempo*, entre otros—es apreciada y considerada por unos cuantos majaderos tan fatuos y tan ignorantes como él y llega á creerse un genio de verdad y á regatear el saludo cuando nos encuentra en la calle.

Como este D. Senen hay muchos, muchísimos señores, que todo lo deben á su seriedad; á esa capa de hipocresía que



echan sobre su rostro y sus sentimientos, para vivir y medrar á costa de los cándidos que creen en ella.

Y sin ideas propias, sin talento, sin cultura alguna; limitándose á ser el reflejo de otros hombres de su talla, pero más encumbrados que él—únicos que le merecen admiración y respeto—y ciñéndose á defender de continuo las gastadas teorías de la moralidad, el orden, los medios de Gobierno, los principios y demás palabrería hueca de hace cincuenta años, llega á donde quiere, es lo que le da la gana y alcanza cuanto le antoja.

¿Qué aplicable es á estos buenos señores, la fábula aquella que termina:

*La cabeza es hermosa,
pero sin seso!*

Esto, suponiendo que tengan buen físico, ¡qué ya es suponer!

AGUSTÍN GARCÍA CANO.

PERDER EL TIEMPO

Al mediar una perfumada y calurosa tarde de Junio, paseaba lentamente por entre las espesuras de la Moncloa cierto hombre público de los más conspicuos de España, en donde tanto abundan, á Dios gracias.

De vez en cuando cesaba en sus paseos, interrumpía la lectura de unos papeles que en la mano llevaba, y se entregaba á una mímica de elevado género, sin duda, pero con puntas y ribetes de grotesca.

Oyó de pronto, en el silencio y la serenidad del ambiente, un doble chasquido que suspendió momentáneamente su atención.

—Serán los pájaros,—dijo, y continuó estudiando el discurso ó lo que fuese.

No eran los pájaros, nó. Eran el bravo Aniceto Tocinete, dependiente de ultramarinos á quien de mano maestra ha retratado Luis Taboada, y su novia, que, ocultos entre chopos y zarzas, merendaban magritas riquísimas y se daban cada abrazo y cada beso que ya, ya...

El ilustre personaje pasó ante los amantes, quienes, al través de las apretadas ramas, lo observaban con curiosidad y un tanto de burla. Oyéronle exclamar á media voz, con enfáticas modulaciones, que la errante brisa entrecortaba:

—Jamás, jamás, señores diputados, he visto en la historia del parlamento... ismo español un hecho, un precedente... justifique... como el que... ¡ah!... energías de mi alma... honradas opiniones de toda mi vida!

—¡Bravo, bravo!—cuchicheaba Aniceto, palmoteando rápida y blandamente.—¡Aplausos en la mayoría; protestas en los bancos de la izquierda.

—¡Pobre hombre!—susurraba la muchacha.—*¡Está peor!* Y estampo en el cogote de Tocinete un desecado y sonoro beso.

El grande hombre registró afanosamente con la vista las copas de los árboles, y creyó, al fin, descubrir la incógnita, en una pareja de mirlos que surcó el aire silvan'co.

—... de mis adversarios! ¡Si, con la frente muy alta... nunca he conocido las dulces expansiones de la juventud... consagrado á la austeridad del estudio... dócil esclavo de esa implacable... deidad llamada política... injustos enemigos! ¿Qué se llama esto?

—Perder el tiempo,—respondió filosóficamente Aniceto, tumbándose sobre la verde y fresca hojarasca, y arrastrando en su caída, con apretado y amoroso abrazo, á la hermosa muchacha.

EVARISTO ROMERO

MATERIALISMO PURO

I

Radiante luz de mi vida
que ha iluminado mi alma,
tú, la que al fin realizas
mis ilusiones doradas;
ven junto á mí, yo te adoro,
ven, mi corazón te llama.

Los goces todos del mundo
yo, vida mía cambiara
por contemplar tu sonrisa,
por escuchar tus palabras.

Ven junto á mí, que á tu lado
no hay emoción ignorada
que mi corazón no sienta,
ven, con las mías enlaza
esas tus manos, tan bellas,
más finas y delicadas,
que hilos de plata bruñida,
y más que el armiño blancas.

Que vea tus ojos garzos
y espejos de la alborada
que asomando en el Oriente
al mundo su luz encanta.

Si; yo quiero de tus ojos
beber la ardiente mirada
que á mi corazón conmueve
y que extasia á mi alma.

II

¡Qué sedoso es tu cabello!
¡Oh, qué orgullosa engala
tu pura y ebúrnea frente
esa flor tan delicada!

Deja que aspire el aroma
que de su cáliz exhala;
ella me dará su esencia
y yo le daré mi alma.

Deja que pose mis labios
en sus hojas perfumadas...
pero ¡ay! me niega esa dicha,
de sus encantos avara.

Mira, la flor me comprende,
abre sus labios de grana
y de los míos recoge
un beso ardiente, con ansia,
un beso de amor, tan puro,
cual lo recogió del aura
cuando en sus pétalos de oro
juguetona se posaba.

III

Pero que emoción tan dulce
esa flor apasionada
en mi corazón produce,
¡oh, cómo goza mi alma!

Escucha, tú, mi luz bella,
escucha, flor más preciada
que todas las otras juntas
adorno de la enramada;
tú, amor mío, que realizas
mis ilusiones doradas;
ni la hermosura que ostentas
en tu rostro idealizada,
ni de tu risa el encanto,
ni de tus manos la gracia
si las mías aprisionan,
ni el fuego de tus miradas
que á mi corazón conmueve,
nada, bien mío, cambiará
por un beso apasionado
de aquella flor delicada.

IV

¡Qué hermosa vaga la luna
por la bóveda azulada!

Qué bien aquí se respira:
parece que lleva el aura
por doquier, un grato aroma
que de placer embriaga.

Y tú, bien mío, á mi lado
estás hermosa y callada,
y fijos en mí tus ojos
me envuelves con tus miradas.

¡Qué idioma tan elocuente!
¡oh! los ángeles no habían,
el que se emplea en la tierra,
¡y tú á los ángeles hablas!

V

En tus miradas yo leo
poema de amor, bellissimo,
y siento que hay en tu alma,
para la mía, sonidos.

En el cielo de tus ojos
yo quiero vivir cautivo,
y en tu hermoso corazón
reinar dichoso y tranquilo.

No temas que nos separe
con torpe mano el destino,
pues nadie puede alejar
dos almas que Dios ha unido.

En la vida y en la muerte
yo estaré siempre contigo,
porque mi amor es eterno,
y cuando Dios llame á juicio
á todo el género humano...
si estamos los dos solitos
en una tumba encerrados,
no habrá de salir, bien mío,
¡como tú no me acompañes
para ir al paraíso!

B. PÉREZ BLOJA

PARA LAS SEÑORAS

DE LA ELEGANCIA,, SEMANARIO ILUSTRADO DE MODAS



Trajes de niños.

1.º Abrigo para niña de tres á cuatro años. De paño rojo. Espalda recta y delanteros amplios y cruzados abrochados con dos hileras de botones. Cuello vuelto y ondeado; bolsillitos en los lados. Manga de codo. Todo el gabancito puede adornarse bien con trencillitas muy estrechas ó bien con trencillitas de astrakan.

2.º Traje para niño de seis años. De pañete color gris tórtola; pantalón bombacho; ruso largo, abrochado á un lado, con cuello y solapas estilo sastre. Bolsillo en el lado izquierdo del pecho. Cinturón de la misma tela cerrado por una hebilla. Todo el ruso lleva como único adorno pespuntos.

La Elegancia es el periódico más completo de modas. Se compone de doce páginas y publica figurín iluminado, patrón cortado, hojas de labores y ocho páginas de novela. Precio: 25 céntimos.

Se publica todos los domingos.

Administración: **Jorge Juan, 16.**—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

LÁGRIMAS DE AMOR

A la distinguida y virtuosa Señora Doña Teresa de Castro, Viuda de Cano.

Llérale isti por que tan bella prenda,
es digna de llorar.

¡Las lágrimas de amor! ¡Cuán bella ofrenda!

¡Oh!.. Déjalas brotar.



¿Qué pudiste ofrecer de este vil mundo
tan ruin y engañador
que le exprese más claro lo profundo,
de tu acervo dolor?



¿Qué puedes colocar sobre la loza
que guarda tu ilusión;
más bello que la lágrima preciosa
que ofrece el corazón?

.....
.....
.....
.....

Llérale más, aunque lloraste tanto.

Pues qué, ¿ausando el vivió?

Si lloraste ¿no unió al tuyo su llanto?

Si gozaste ¿también el no gozó?

EDUARDO TEJERINA

AVISO

Desde el anterior número hemos suspendido el paquete á los correspondientes que se encuentran en descubierto con esta Administración.

En tanto no liquiden sus cuentas, no remitiremos más números, publicando sus nombres en la lista de deudores.

Dentro de breves días se pondrá á la venta un magnífico retrato, tirado en excelente papel estucado, del ex matador de toros Rafael Guerra (Guerrita).

Los pedidos á la Administración de *El Enano*, infante, 8.

Precio: **10 céntimos.**

Se ha puesto á la venta en las librerías el primer volumen *Colección Ilustrada de cuentos baturros.*

Consta de 32 páginas y una elegante cubierta.

Su precio **20 céntimos** en toda España.

Se venden colecciones de *El Album de Madrid* completas, 26 números, al precio de 6 pesetas; á los suscriptores y correspondientes, 4 pesetas. Se envían certificadas á provincias, adelantando su importe.

AVISO A LAS EMPRESAS PERIODÍSTICAS

LISTA PERMANENTE

Correspondientes que piden paquetes, pero que no pagan:

Arcalá de Henares.—Julian Lobo Alcey.—Miguel Escobedo.

Cuevas (Almería).—Pedro Pérez.

Granada.—Gabriel Jáuregui.

Sevilla.—R. Morilla.

Toledo.—Constantino Garcés, director de *La Campana Gorda*.

(Se continuará.)

Encargado exclusivo de la venta de *El Album*, Valentín Correa, puesto de periódicos del café Nacional.

IMP. PARTICULAR DE EL ALBUM DE MADRID
VILLANUEVA, 1.^o.

EL ALBUM DE MADRID

SEMANARIO ILUSTRADO

SE PUBLICA LOS VIERNES



Redacción y Administración: Villanueva, 17, Madrid



Precios de suscripción

MADRID			PROVINCIAS			EXTRANJERO		
Trimestre.....	2	pesetas.	Trimestre.....	2,50	pesetas.	Trimestre.....	4,25	francos.
Semestre.....	4	»	Semestre.....	5	»	Semestre.....	7,25	»
Año.....	7	»	Año.....	9	»	Año.....	12	»

* Número corriente 15 céntimos.—Idem atrasado 25

Las suscripciones empiezan siempre en 15 de cada mes.—Pago adelantado en sellos de correos, libranzas ó letras de fácil cobro.

Anuncios á precios convencionales.

La correspondencia y valores deberán dirigirse al Administrador, Villanueva, 17.—Madrid.

TAPAS PARA LA ENCUADERNACION DE EL ALBUM

Con el número 26 terminó el primer tomo de nuestro Semanario. Para su encuadernación tenemos dispuestas unas magnificas tapas en tela, á los precios siguientes:

Tapas sueltas.	1,25 pesetas
Tapas y encuadernación	2,50 »

A provincias las enviamos certificadas por 1,50 y 3 pesetas, respectivamente.

No serviremos ningún pedido que no venga acompañado de su importe.

El tomo encuadernado SIETE pesetas en Madrid y OCHO en provincias.

Se venden en la Administración, Villanueva, 17, ó en la encuadernación de F. Merino, Farmacia 7.